

7-86

57

El Coco de Madrid.

Hay en la Corte un no se qué
Que todos le temen cuando le ven.

No en vano nuestras magras abuelas nos dejaron la rancia y perjudicial costumbre de hacer miedo á nuestros hijos con el coco, de modo que las actuales madres sus sucesoras, á trueque de que dejen de llorar sus lactantes, les imbuyen un terror pánico con la invocacion del tal ente imaginario, mientras solozándose libremente al brasero tienden la pata ó forman el jornillo (segun el dicho extremeño) pasando un rato de piadosa conversacion con la vecina sobre la conocida ausente, que en otra ocasion hará otro tanto respeto de ella; ó ya que así no sea, nunca falta asunto de murmuracion. ¿Y quién dirá que no son solo los niños los que tienen miedo al coco? pues señores, es necesario saber que todos tenemos nuestros cocos: desde el primero al último de los habitantes de Madrid pasarán todos sus cerotes y á veces con apuros indecibles.... personas habrá en la Corte que cuenten mil y quinientos cocos que á cual mas les haga miedo.... Dias pasados un señor se estaba vistiendo á toda priesa para marchar á paseo en un simoncillo que le esperaba en la calle: ¡pero qué miedo! al ir á salir suena la campanilla.... ¡voto á tal! esclama atolondrado, confuso y sin saber donde meterse, han cambiado la hora! sale un criado á ver quién es y luego buscando á su amo por toda la casa le grita ¡señor! el zapatero.... señor! á todo esto su niño que acababa de ver á su padre tan asustado y de tan mal humor, y sin saber donde meterse, le dice al criado Domingo ¿buscas á papá? sí: responde el criado; pues mira continuó el niño dice mi papá que no está en casa, que no quiere ver al coco, díselo así y encargale que no vuelva porque todos los dias tenemos de estas y mi papá tiene muchos sustos; bien señorito y á mi ¿me tendrá V miedo? ¿á tí? no Domingo porque no eres coco. ¡Ah señorito pardiez seré pronto gran coco: mañana hace seis meses que sirvo á VV. y mis salarios aun no me han servido para una camisa, ya no puedo aguantar mas; porque si su papá de V. tiene cocos que le acometan, yo crio cocos que me pican y entre la hambre y la necesidad no hay término medio. Yo gasto aqui el tiempo, la paciencia y aun las uñas, sin otra recompensa que los tronchazos que me suelen tirar las verduleras cuando no las puedo pagar la verdura que me dan fiada muchas ve-

ces, y sino digálo esta herida que me abrió el tío Galan el carnicero con una paleta de buey por que no le llevé el otro dia los cuatro cuartos de cordilla que traje para el puchero, llamándome borracho, tatur y todo lo que hay que llamar á un pobre diablo: con que asi hoy me despido porque como dice el refran para ser... y no ganar nada.... El niño se fué llorando, á llevar tan triste nueva á su desconsolado papá y esta escena se repitió tantas veces en aquel dia mismo que el buen señor no salió en todo él de su huronera; pues el aguador, el sastre, el carbonero, el peluquero, el barbero, la lavandera, el prendero, el médico, el boticario, el tendero y lo que es peor el malvado casero con su escribano, alguaciles y comparsa y hasta los simoncitos que debieron conducir antes de tan críticos momentos á nuestro héroe al paseo para verse libre de tantos sobresaltos subieron tambien á hacerle miedo.... ¡cuanto coco! y que pocos hay que se enenten libres de alguno de ellos!



Madrid: imprenta de D. F. P., calle de Jardines. 1835.